

COLECCIÓN CASA EUROPA, 4
EN TIERRAS DE BOKO HARAM

Fotografía en portada © 2016 Cable News Network. Turner Broadcasting System, Inc.

© De los textos, Fernando de Haro

© Del prólogo, José Jiménez Lozano

© Confluencias, 2016

www.editorialconfluencias.com

Corrección de pruebas: María del Mar Domínguez Álvarez

Maquetación y diseño: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en KADMOS, Salamanca, España

ISBN: 978-84-945686-5-7

Depósito Legal: AL 1012-2016

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

Fernando de Haro

En tierras

de

BOKO
HARAM

Prólogo de
José Jiménez Lozano


CONFLUENCIAS
EDITORIAL

A Guadalupe Arbona Abascal

Al enviar a prensa este libro Naciones Unidas
lanza una alarma a la comunidad internacional:
50.000 niños están en riesgo de morir de hambre
en la zona en la que ataca Boko Haram.

Septiembre, 2016

ÍNDICE

	PRÓLOGO	11
I.	UN LARGO VIAJE	19
II.	ABUYA EN TRANSICIÓN	43
III.	EL PESO DEL PASADO	57
IV.	CAMPO DE LIBERTAD	73
V.	SOBRE LOS ORÍGENES	85
VI.	EL ISLAM COMO PARTE DE LA SOLUCIÓN	101
VII.	GOTAS DE LLUVIA QUE SE FUNDEN EN UNA TIERRA ANHELANTE	125
VIII.	LA CONDENA DE UNA GRAN CADÍ MUSULMÁN	139
IX.	KADUNA, CAPITAL DEL NORTE	155
X.	MAÑANA DE DOMINGO	173

XI.	JOS, CAMINO DE MAIDUGURI	187
XII.	UN ALELUYA VARONIL	203
XIII.	DOGO NAHAWA	223
XIV.	CHIBOK	239
XV.	HANATU	255

PRÓLOGO

CRÓNICA DE UNA REALIDAD SOTERRADA

En este impresionante libro de viaje, de Fernando de Haro a Nigeria, que llama *En tierras de Boko Haram*, se ofrece al lector un relato a la vez histórico y luego circunstanciado en el presente, que comienza con los avisos que recibe el autor sobre la peligrosidad de su viaje y los tropiezos burocráticos para realizarlo. Así que el lector de este queda implicado no solamente en un relato de viaje, e informado con la objetividad precisa —que no es ni más ni menos que la lealtad con los hechos y dichos que se han oído y visto—, sino también en la revivencia de lo que se cuenta, y la mostración y el contacto con la fuente misma de las personas que cuentan, y de los hechos que

se cuentan, con lo cual el lector queda convertido en compañero de viaje y constante juez del mismo.

Esta escritura de reportaje o testigo aborda, además, un asunto de enorme importancia y largamente evitado; es decir, la historia y el presente de un país, Nigeria, que pertenece a África, un continente soterrado y como inexistente para los medios de comunicación occidentales. Y, además, sobre un tema que se ha tornado inoportuno, políticamente no correcto, e incluso inconveniente y vidrioso: la difícil, dramática y, a veces, trágica situación de la mera vida diaria para quienes son cristianos, ahora y en aquella tierra.

Lo que hace el autor, en este caso, es extender y mostrarnos como el tapiz o mapa de las notas y señales del espacio, el tiempo, las personas las ideas, los pensares y sentires de las gentes, y el funcionamiento de un Estado, que todavía no va mucho más allá del esfuerzo de serlo, y de una sociedad no pacíficamente consolidada.

Y se dice pronto, pero es un juego de encaje de bolillos la descripción que se realiza, en este libro, del difícil rodaje, práctica y eficacia de las leyes, de la corrupción, y de la irrupción de la violencia, de la abundancia de víctimas, una conciencia jurídica muy débil, e igualmente débil vigencia de la tolerancia y la convivencia interracial, intertribal o

interreligiosa muy difíciles, hasta tornar irrisorias nuestras teorías académicas y visiones tranquilizadoras acerca del Tercer Mundo y los mil problemas de aquellas gentes de distintas tribus, razas, culturas y religiones. El precio a pagar por todo ello es ciertamente alto en estos países, y la compañía y ayuda que necesitarían estas sociedades y naciones africanas todavía es bastante escasa. Y, curiosamente, las víctimas más abundantes, rodeadas de un silencio muy áspero, resulta que son cristianas; y podría decirse, en términos culturalistas, que son los europeos de África. Y digámoslo así, sin grandes matizaciones, porque esto es, ciertamente, en lo que no dejará de pensar el lector, ya que dentro de la historia y de la realidad nigeriana de hoy no puede dejarse de contar con los nigerianos cristianos, que no son de ayer precisamente.

Fue en marzo de 2012 cuando, respecto a otro asunto africano, el actor George Clooney, antes y después de ser detenido por una actuación pública llamativa, dijo: «Solo trato de llamar la atención, porque la atención es el único modo de conseguir que pasen cosas»; es decir, que en Occidente no pudieran seguir silenciándose las situaciones y los sucesos de estos países africanos, y entonces se nos explicó que estos países poco o nada podían hacer por sí mismos.

Pero, como ahora vemos por este viaje y sus historias de Fernando de Haro, es que ya lo están haciendo y de manera admirable. Y, cuando el autor de este libro cuenta su despedida de Nigeria, escribe lógicamente asombrado y como resumen de lo que ha visto: «A la mañana siguiente volamos de vuelta a Madrid vía Londres[...]. Al llegar a la terminal de salida todo va más rápido de lo previsto. Hemos tenido poco tiempo para repasar el material grabado y me entran unas ganas irresistibles de volver a ver una de las entrevistas que más me ha impresionado[...]. La entrevista que repaso es la de Hanatu Andrew, la maestra responsable de los niños de entre 7 y 9 años del campo de refugiados que visitamos aquí en Abuya. La pantalla me devuelve su imagen: delgada, con los rasgos del rostro finos, la nariz y los labios poco marcados, los ojos como dos pequeñas rayas. El porte elegante. La expresión precisa. Esperamos para entrevistarla a que terminara su clase. Bajo un toldo, con mucho calor, en medio de la nada, enseñaba el abecedario a unos críos que viven bajo plásticos. Para que no odien, para que no pierdan el futuro[...]. He querido escuchar a Hanatu y volver a contemplar su sonrisa antes de marcharme de Abuya porque no quiero olvidarme de un milagro como el que esta mujer supone. Era infinitamente improbable que, en medio del infierno, alguien

como ella, siguiera contenta, siguiera educando. No hay suficientes causas que expliquen la alegría de Hanatu ni la de los otros protagonistas de este libro».

Y lo que el lector deduce entonces, necesariamente, es que el autor de este reportaje de estancias nigerianas da un giro total de planteamiento a este asunto de las relaciones entre África y Occidente; y este giro consiste en que, dando por obvio que este último tenga el deber de ayudar en un plano material y político, comprobamos que este mismo primer mundo de Occidente necesita, con no menor seriedad y urgencia, lo que el Tercer Mundo puede darle y Occidente tener conciencia de su necesidad. Esto es, lo que Simone Weil llamaría un «enraizamiento en su ser mismo», y la fidelidad y la alegría de quienes viven de manera dramática, y heroica con frecuencia, precisamente las profundas convicciones éticas y religiosas que Occidente llevó allí, y luego ha abandonado.

Fernando de Haro ha puesto el dedo en esa llagada historia precisamente, entre tantas otras; y no sin gran valor, porque parece que ni siquiera debiera mentarse. Así que es muy de agradecer su amplio, vivo y pormenorizado testimonio.

José Jiménez Lozano